

El pensamiento fugitivo

Antes que los labios

de Miguel Espejo

Rafael Toriz

CUANDO SE TRATA DE AUTORES CONTEMPORÁNEOS, pocas veces se tiene el privilegio de atestiguar el cénit de una obra, ese lugar reservado para un puñado, toda vez que la voracidad del presente, aunada a la frecuente incapacidad de leer autores complejos alejados de los reflectores, dificultan el encuentro con obras sólidas y maduras, como ocurre con el último libro del ensayista y poeta argentino Miguel Espejo (Jujuy 1948), cuyo libro más reciente ofrecen una imagen del autor en plenitud de sus poderes.

La obra de Espejo, conocida en el país principalmente por sus libros de ensayo editados durante su exilio —*El jadeo del infierno* (sobre Malcolm Lowry, UV), *La ilusión lírica* (sobre Milán Kundera, UNAM), *Heidegger o el enigma de la técnica* y *Senderos en el viento* (ambos por la BUAP)— ha sido fecunda también en poesía, como lo atestiguan los poemarios *Fragmentos del universo*, *Mundo* y *La brújula rota*, publicados parcialmente en una antología editada por la editorial argentina Colihue bajo el nombre de *Larvario* y cuyos alcances el poeta Enrique Molina sintetizó con eficacia: “Espejo logra la síntesis de los dos principales planos de su creación: el de la filosofía y el de la sensibilidad poética”.


Probablemente lo más llamativo de *Antes de los labios* es que se trata de poemas narrativos que cuentan y describen instantes biográficos, ejercicios diferentes y diferidos de lo que ha cimentado la fortaleza de su ejercicio poético, puesto que Espejo, con temple de aforista y atento lector de Porchia, Pessoa y Schopenhauer, ha cultivado la condensación mediante granadas sintéticas, ejercicios de condensación mito-filosófica como lo demuestra la reciente antología de su poesía publicada este año en París por la editorial Centrifuges, *À l'ombre d'Éphèse*, en la delicada traducción de Jean-Marc Undriener.

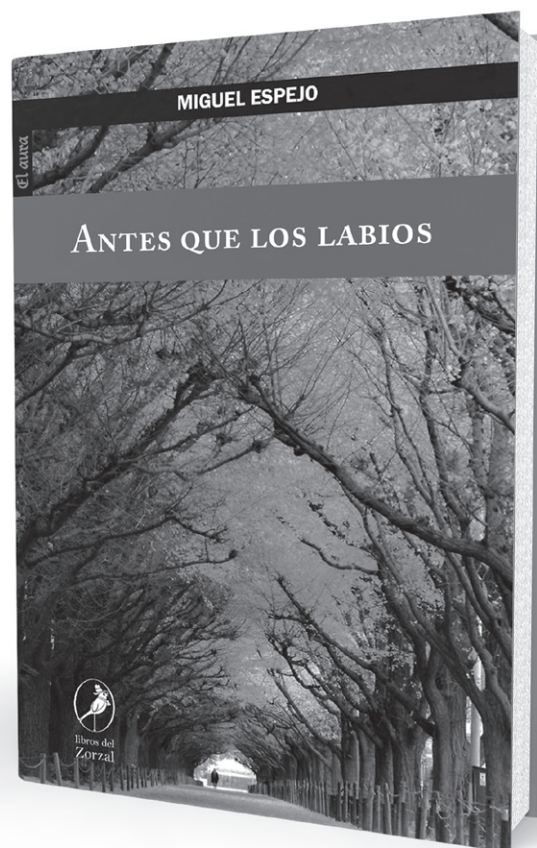
Los últimos poemas de Espejo son narrativos, aunque preciso sería decir dinámicos. Cada página canta y cuenta una historia, orientada por una brújula imantada por el concepto, el norte de una idea que se desdobra en sugerencias revestidas de argumentos: literalmente, poesía de ideas, versos que contienen la simiente de

improbables ensayos. Su poesía, de raigambre metafísica, está impregnada de Mallarmé pero también de la lectura de Maurice Blanchot asimilando a Mallarmé: en Espejo el misterio de la percepción de la conciencia es motivo de ensayos que sólo alcanzan a encenderse con la lumbre del verso.

El libro es atravesado por una sensación de camino cumplido, de aquel mundo recorrido que sin embargo no se mira con nostalgia, sino, a veces con sorna, y mejor aún, de buen talante, “cuando comenzó a corroerme la poesía/ camino inmodificable a mi propia estupidez/ introducción permanente/ a no sé qué hallazgos indeterminados/ quise hablar del amor/ pero no pude”. De aliento telúrico, hay en Espejo una voz que lo desdibuja, pero a semejanza del nuboso Tezcatlipoca, lo refleja “afirmemos la negación: /no hay estrictamente hablando/ ni un filo de la navaja/ ni un borde del abismo/ en los crímenes de las praderas”. Y un apetito sensual recurrente, voluptuoso, que confirma su estirpe de goliardo: “Caminé mordiendo nalgas tras nalgas inalcanzables/ ¿no eran las mismas?/ ¿acaso variaciones sobre un mismo tema?/ ¿el fulgor de las fugas en su esplendor de matices?/ ¿o el vibrante treno de la quena en su pentatónica huida?”

La autocrítica es dura, frontal, y se adivina, si no sensata, al menos sincera, atemperada: “no he logrado más que cierto virtuosismo en la desdicha/ la paradoja de aquel que mide su carrera a través de una tortuga”, empero, el autor sabe, con Quevedo, que “la vida no es sino la risa en los labios de la muerte”.

Es difícil hacer justicia en poco espacio al autor de versos verdaderos (“La escritura es vana/ casi del mismo modo en que, tarde o temprano, la vanidad se transforma en escritura”) por ello, acaso sólo reste citar las palabras de Yves Bonnefoy, a quien tradujo diligente: “amar la perfección porque ella es el umbral, / Pero conocida negarla de inmediato, olvidarla muerta, / La imperfección es la cima” 



Antes que los labios
Miguel Espejo
Buenos Aires, Libros del Zorzal,
2016, 160 pp.